

San José, Esposo de la Virgen María
Mt 1, 16.18-21.24a
Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

2S 7,4-5a. 12-14a. 16
Salmo 88, 2-29
Rm 4, 13, 16-18.22
Mt 1, 16.18-21.24a

1. La figura de san José nos viene presentada por los textos evangélicos. José es el hombre abierto a la Palabra de Dios, receptor y acogedor de esta Palabra de Dios, que le llega –según el género literario de la Escritura– por medio de un sueño y a través de un ángel. Duerme José, ciertamente, pero a la vez está en disposición de oír la voz del ángel. Parece desprenderse lo que el Cantar de los Cantares había proclamado: “Yo dormía, pero mi corazón estaba vigilante”. Reposan los sentidos exteriores, pero el fondo del alma se puede franquear.

Tenemos una figuración del hombre que, desde lo profundo de sí mismo, puede oír lo que resuene en su interior o se lo diga desde arriba; del hombre cuyo corazón está lo suficientemente abierto como para recibir lo que el Dios vivo y su ángel le comuniquen. En esa profundidad el alma de cualquier hombre se puede encontrar con Dios. Desde ella Dios nos habla a cada uno y se nos muestra cercano.

Sin embargo, la mayoría de las veces nos hallamos invadidos por cuidados, inquietudes, expectativas y deseos de todas clases; tan repletos de imágenes y apremios producidos por el vivir de cada día, que, por mucho que vigilemos externamente, se nos pide la interna vigilancia y, con ella, el sonido de las voces que nos hablan desde lo más íntimo del alma. Ésta se halla tan cargada de cachivaches, y son tantas las murallas elevadas en su interior, que la voz suave del Dios próximo no puede hacerse oír.

2. La palabra recibida en sueños por José aclara sus dudas y –así lo aclara el Evangelio– al despertar, viendo claro qué misión se le confiaba, “hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.” Ese José que duerme, pero que al mismo tiempo se halla presto para oír lo que resuena por dentro y desde lo alto –porque no es otra cosa lo que acaba de decirnos el Evangelio de este día–, es el hombre en el que se unen el íntimo recogimiento y la prontitud. Desde el silencio de su vida, nos invita a retirarnos un poco del bullicio de los sentidos; a que recuperemos también nosotros el recogimiento; a que sepamos dirigir la mirada hacia el interior y hacia lo alto, para que Dios pueda tocarnos el alma y comunicarnos su Palabra.

3. Ese José que vemos está pronto para erguirse y, como dice el Evangelio, cumplir la voluntad de Dios. Así toma contacto con el centro de la vida de María y con la respuesta que dio Ella en el momento decisivo de su existencia: “He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu Palabra.” En José sucede lo mismo con su disposición a levantarse: “Aquí tienes a tu siervo. Dispón de mí. Haz de mí lo que quieras”. Coincide su respuesta con la de Isaías en el instante de recibir la vocación: “Heme aquí, Señor. Envíame”. Esa llamada y esa respuesta de José informarán su vida entera en adelante. Pero también hay otro texto de la Escritura

que viene aquí a propósito: el anuncio que Jesús hace a Pedro cuando le dice: "Te llevarán adonde tú no quieras ir". José, con su presteza, lo ha hecho regla de su vida: porque se halla preparado para dejarse conducir, aunque la dirección no sea la que él quiere. Su vida entera es una historia de amor y de correspondencia a la llamada de amor.

Comenzó con la primera comunicación de las alturas: La del ángel al darle información sobre el secreto de la maternidad divina de María, el misterio de la llegada del Mesías. De improviso, la idea que se había hecho de una vida discreta, sencilla y apacible, resulta trastornada cuando se siente incorporado a la aventura de Dios entre los hombres. Al igual que sucediera en el caso de Moisés ante la zarza ardiente, se ha encontrado cara a cara con un misterio del que le toca ser testigo y copartícipe. Muy pronto ha de saber lo que ello implica: que el nacimiento del Mesías no podrá suceder en Nazaret. Ha de partir para Belén, que es la ciudad de David; pero tampoco será en ella donde suceda: porque los suyos no le acogieron. Apunta ya la hora de la Cruz: porque el Señor ha de nacer en las afueras, en un establo. Luego viene, tras la nueva comunicación del ángel, la salida de Egipto, donde ha de correr la suerte de los sin techo y sin patria: refugiados, extranjeros, desarraigados que buscan un lugar donde instalarse con los suyos.

Volverá, pero sin que hayan terminado los peligros. Más tarde sufrirá la dolorosa experiencia de los tres días durante los que Jesús está perdido, esos tres días que son como un presagio de los que mediarán entre la Cruz y la Resurrección: días en los que el Señor ha desaparecido y se siente su vacío.

Y morirá por fin José sin haber visto manifestarse la misión de Jesús. En su silencio quedarán sepultados todos sus padecimientos y esperanzas. La vida de este hombre bueno y justo no ha sido la del que, pretendiendo realizarse a sí mismo, busca en sí solamente los recursos que necesita para hacer de su vida lo que quiere. Ha sido el hombre que se niega a sí mismo, que se deja llevar adonde no quería. No ha hecho de su vida cosa propia, sino una realidad que dar y entregar. Es el hombre totalmente dado a los demás. No se ha guiado por un plan que hubiera concebido su inteligencia y decidido su voluntad, sino que, respondiendo a los deseos de Dios, ha renunciado a su voluntad para entregarse a la del "totalmente otro", la voluntad grandiosa del Altísimo. Pero es exactamente en esta íntegra renuncia de sí mismo donde el hombre se descubre, y descubrimos su grandeza.

4. Mirando a ese José peregrino de la fe, comprendemos que, a partir del momento en que supiera del Misterio, su existencia sería la del que está siempre en camino, en un constante peregrinar. Fue así la suya una vida marcada por el signo de Abrahám: porque la historia de Dios entre los hombres, que es la historia de sus elegidos, comienza con la orden que recibiera el padre de la estirpe: "Sal de tu tierra para ser un extranjero". Y por haber sido una réplica de la vida de Abrahám, se nos descubre José como una prefiguración de la existencia del cristiano. Podemos comprobarlo con viveza singular en la primera carta de san Pedro y en la de los Hebreos. Como cristianos que somos –nos dicen los Apóstoles– debemos considerarnos extranjeros, peregrinos y huéspedes. Porque nuestra morada, como dice san Pablo en su carta a los Filipenses, nuestra ciudadanía está en los cielos.